

La rebeldía del héroe: el prerromanticismo clásico alemán



Ludwig van Beethoven
(1770-1827)

Die Abwesenheit (*La Ausencia*)

2o. movimiento de la Sonata No. 26 en Mi bemol Mayor op. 81a, *Les Adieux*

An die ferne Geliebte op. 98

(Trascripción de Franz Liszt)

Sinfonía No. 5 en Do menor op. 67

(Trascripción de Franz Liszt)

José Hernández, presentación
Ángel Recas, piano

25 de Mayo de 2011 a las 19:30 horas



POLITÉCNICA

**CAMPUS
DE EXCELENCIA
INTERNACIONAL**



UNIVERSIDAD POLITÉCNICA DE MADRID
Escuela Técnica Superior de Ingenieros Navales



*En homenaje a los marinos
D. Alejandro Malaspina y D. José de Bustamante
por la realización del “Viaje político-científico alrededor del mundo”
a bordo de las corbetas “Descubierta” y “Atrevida”*

El pasado año 2010 el Ministerio de Ciencia e Innovación, con amplia participación de la Armada Española, puso en marcha la Expedición Malaspina 2010, consistente en la realización de una circunnavegación a bordo del buque oceanográfico Hespérides, con objeto de generar un inventario del impacto del cambio global en el océano y en su biodiversidad.

Esta expedición ha tomado el nombre de la que, con la aprobación de Carlos III, programó, organizó y llevó a cabo entre 1789 y 1794 el marino español, de origen italiano, D. Alejandro Malaspina y cuyos trabajos fueron publicados casi un siglo después bajo el título de “Viaje político-científico alrededor del mundo por las corbetas Descubierta y Atrevida, al mando de los Capitanes de Navío don Alejandro Malaspina y don José Bustamante y Guerra desde 1789 a 1794”. Según los estudios históricos realizados posteriormente, en aquellos años la monarquía española dedicaba al desarrollo científico un presupuesto muy superior al que dedicaban a dicho fin otras naciones europeas.

Ahora bien, no fue el aspecto científico el único que, al parecer, orientó esa expedición sino que también se cuidó mucho el aspecto humano y político y la imagen de España que podían transmitir al mundo las corbetas “Descubierta y Atrevida”, construidas específicamente para esta expedición, y los hombres que componían la misma. En este sentido, cuando Valdés designa a Malaspina para esta misión escribe de él, “que por sus conocimientos, cuna, nobleza y elegancia de la persona y maneras, y arrogante presencia, afabilidad, firmeza de carácter, y talento de sociedad era Malaspina el primero de nuestra Armada y el único para aquel cargo, alma de la culta y distinguida sociedad que nuestros marinos debían representar en los países americanos, para influir favorablemente en el ánimo de los criollos y ayudar a la política y fines que la expedición llevaba”.

Como segundo de la expedición y comandante de la “Atrevida” fue nombrado el marino cantabro D. José de Bustamante y Guerra quien con una brillante hoja de servicios había alcanzado el empleo de Capitán de Fragata.

En las relaciones entre ambos personajes se pone de manifiesto la sabiduría y tacto de Malaspina quien al dar instrucciones a Bustamante le indica que “En los buques de la Armada la disciplina militar es la que rige”, pero en este viaje especial ha de contarse con conquistar al que obedece para que practique “no lo que mandan sino mas bien lo que puede”.

Suene en nuestra Escuela en honor de ambos marinos españoles la Quinta Sinfonía de Beethoven, compuesta por el insigne músico alemán pocos años después de que finalizase el “Viaje político-científico alrededor del mundo”.

Jesús Panadero Pastrana
Director
Escuela Técnica Superior de Ingenieros Navales



Ángel Recas

Inicia sus estudios musicales en el Conservatorio Profesional de Música de la Comunidad de Madrid, pasando seguidamente al Conservatorio Superior “Padre Antonio Soler” de San Lorenzo de El Escorial, con el profesor Anatoli Povzoun.

Posteriormente ingresa, en el año académico 1995-1996, en el Conservatorio “Liszt Ferenc” de Budapest (Hungría) en donde estudiaría con el profesor Szókolay Balász.

En 1998 es admitido en el Conservatorio Estatal “A. Nezharovna” de Odessa (Ucrania), siendo alumno de Yuri Borisevich Diki e influido principalmente por el maestro Sergei Terentiev por quien profesa una profunda admiración.

Así mismo, ha asistido a cursos y clases magistrales impartidas por Eldar Nebolsín y Aquiles Delle Vigne.

Es autor de numerosas transcripciones para piano solo (y también de versiones organísticas para órgano romántico) de obras orquestales de Mahler, Liszt y Wagner, entre otros autores.



José Hernández

Realiza sus estudios musicales en el Conservatorio Profesional de Arturo Soria, terminando el grado superior en el Real Conservatorio Superior de Música de Madrid. Perfecciona sus estudios de piano con la profesora Concepción Lebrero, alumna de José Cubiles, Cristóbal Halffter y del maestro Guridi.

Ha realizado cursos de perfeccionamiento musical, entre otros, con Guillermo González (piano) y Camilo Williart (acompañamiento), así como con Yvan Nommick y Kasimierz Morski (musicología, UAM).

En los últimos tiempos ha colaborado con la Joven Orquesta Nacional de España (JONDE) y con Radio Clásica, de Radio Nacional de España, donde ha codirigido y presentado el programa Ervin Nyiregyházi, el pianista oculto, que se emitió entre septiembre y diciembre de 2009.



**La rebeldía del Héroe:
el prerromanticismo clásico alemán**

**A la amada lejana.
La estancia de Beethoven en Heiligenstadt**

Ludwig van Beethoven
(1770-1857)

Die Abwesenheit (*La Ausencia*)
2o. movimiento de la Sónata No. 26 en Mi bemol Mayor Op. 81a, *Les Adieux*

An die ferne Geliebte Op. 98
(Transcripción de Franz Liszt)

Sinfonía No. 5 de Do Menor Op. 67
(Transcripción de Franz Liszt)

- I. Allegro con brío
- II. Andante con moto
- III. Allegro
- IV. Allegro

**“Somos el resultado del pasado,
pero a la vez seremos el resultado del presente”
(Vladimir Horowitz)**

Encontrándose Beethoven en medio del camino, cual Dante ante la inmensa obra que había de aguardarle en su vida, *La Divina Comedia*, a los 33 años, la edad de Cristo, ante lo que habría de ser su *nuova vita*, Beethoven, en uno de los procesos habituales en él a lo largo de su vida, se recluyó súbitamente en una pequeña y pintoresca localidad austríaca del glorioso Imperio Austrohúngaro cercana a Viena, Heiligenstadt (hoy día dentro de la propia Viena), donde la tranquilidad apacible tan amébrica y el tedio de esa vida austríaca, tan amada, por otro lado, con todo derecho por todo un Thomas Bernhard, le permitiría alejarse del mundanal ruido y recluirse en la intimidad profunda de la existencia emocional de la profundidad de su alma.

Esta visión *quasi démodé*, completamente sentimentaloides, muy típica de las cursis maneras literarias de manifestarse del propio Beethoven, casi de hermana Brontë, que con esfuerzo podría servir de guión para una película de Bollywood, era el sustrato emocional en el que el gran maestro Beethoven se podía encontrar en aquella época ñoña de su vida. Tal vez justifique esta ausencia de *vis litteraria* su inmensa capacidad musical, inversamente proporcional a su capacidad literaria, pues posiblemente la ausencia de éxito en el campo operístico se deba a esta carencia de formación literaria e idea naïf del mundo lírico. Beethoven, conocedor de la falta de formación que poseía, se había apuntado varias veces, como haría Schubert al final de sus días, a multitud de cursos, universidades, escuelas, para paliar esta pequeña desventaja. De hecho, el contrapunto se convertiría casi en una obsesión para Beethoven, y ello se puede rastrear en obras tan impresionantes del último período como los últimos Cuartetos, la Misa Solemne, las últimas sinfonías (especialmente la séptima y la novena), las últimas sonatas para piano, etc. Se podría decir que es casi en este punto de inflexión de su vida, que representa la Quinta, cuando Beethoven eclosiona en su maestría y descubre nuevos campos expresivos y técnicos a contracorriente de lo que se hacía entonces (recordemos que compositores menores hoy olvidados como Paer o Diabelli eran más famosos y reconocidos en la Viena de entonces).

La tremenda crisis de aislamiento en soledad que supuso su retiro en la pintoresca ciudad de Heiligenstadt, donde escribiría el famoso documento conocido como *Testamento de Heiligenstadt*, le haría adoptar actitudes zómbico-drásticas dignas de todo un Zoroastro que se precie, de pretender drásticamente solucionar súbitamente su vida emocional. “Si las cucarachas de los sótanos vieneses se casan y tienen familia, si los tipos sin talento editan en la casa Diabelli sin problemas ni necesidad de pegarse con editores idiotas, y encima están arrejuntados, si incluso mi sosísimo alumno Czerny o mi inaguantable esbirro Schindler tienen mozas con las que alegrar sus días, ¿cómo yo, Beethoven, poseedor único del verdadero genio, sin necesidad de vestirme a lo mamarracho Werther (de azulito y amarillo) como Goethe para atraer a toda costa a señoritas con caderas bávaras y ubres de Holanda me veo privado de los placeres de este mundo?...”

Dicho esto, fácilmente podemos recordar la famosa anécdota de cómo tenía la horrorosa costumbre de querer casarse inmediata y compulsivamente con todo bicho viviente que tuviera dos patas, sea éste austríaco, bávaro u holandés. Beethoven, el negro, el hispano sucio, como lacerantemente le llamaran en su sufridísima infancia y juventud, no encontraba ni siquiera entre las criadas con quien arrejuntarse.

La felicidad doméstica para Beethoven era una meta primordial en las aspiraciones de realización interior del maestro. A lo Schumann, quería montar una familia feliz, de esas que hacen barbacoas sí o sí los fines de semana en la parte trasera de las casas, de manera obsesiva, seguramente buscando lo que jamás tuvo de niño, pues pertenecía a una familia desestructurada, con un padre alcohólico, unos hermanos pequeños a los que atender, y la ausencia eterna de la idea de la madre.

Sin embargo, el destino tenía otros planes reservados para el maestro. Beethoven, a pesar de la insistencia que hemos comentado de casarse con todo lo que se moviera, rechazado por Giulietta Guicciardi, repudiado por Antonie Brentano, entre muchísimas otras, jamás se casaría ni formaría una familia en el sentido tradicional del término, si exceptuamos la tutela forzosa, casi demencial, por freudiana, perversa y compleja, de su sobrino Carl.

Todo este quebradero de cabeza, que le traería de cabeza durante los últimos años de la vida del maestro, años en los que el compositor produciría algunas de las obras más impresionantes de todo el repertorio (¿cómo no mencionar sus últimos cuartetos, sus últimas sonatas?), todo este caos, decimos, está lejísimos de la idea romántica, casi de romanticismo victoriano-napoleónico facilón, el feminismo napoleónico que asolaría Europa como las hordas incontroladas de *fans* femeninas de los Beatles en los 60, de sensibilidad orgullosa característica del primer período napoleónico que llegaría hasta 1808 aproximadamente, y que llegaría a su vez hasta el mismísimo tuétano sentimental de todo un Beethoven.

El Beethoven de la Tercera Sinfonía, del ciclo maravilloso que escucharemos hoy, *An die ferne Geliebte*, compuesto posteriormente, en 1816, y que refleja a la perfección el mundo íntimo emocional cuasi stendhaliano, sensible, femenino, reservado, camerístico en las emociones y que preludearía todo el Romanticismo alemán (los ciclos de Schumann como *Amor y vida de mujer*, el amor por las miniaturas de las *Escenas de niños*, por ejemplo) serviría a su vez de sustrato de inspiración cuasi literaria del mundo reservado de Tchaikovsky, o incluso del mundo de las emociones ocultas balzacquianas de un Proust. Este ciclo, que transcribiría Franz Liszt en 1849, es el primer ciclo de lieder de toda la Historia de la música, lo que nos hace preguntarnos cómo es posible que no hubiera antecedentes en este campo, y que Beethoven, una vez más, fuera el primero (e incluso el último, al agotar la forma) en abrir nuevos caminos. Sin duda, este ciclo serviría de ejemplo a los maravillosos ciclos de lieder del joven Schubert y posteriormente de otros autores románticos.

Preludiando a este impresionante ciclo con el que se abrirá este recital, y que nos sirve de punto estético para relacionarlo con la idea del destino, con la amada lejana e inmortal, que dará sentido a este acto, escucharemos una miniatura emocional, casi chejoviana, del último Beethoven. Se trata del segundo tiempo de la Sonata op. 81a *Los Adioses*, que lleva el expresivo título de *La Ausencia*. La ausencia de la amada lejana y ausente.

A continuación, escucharemos una de las obras más famosas de todo el repertorio sinfónico. Se trata de la Quinta Sinfonía de Beethoven, op. 67, compuesta entre 1804 y 1808, estrenada en Viena el 22 de diciembre de ese año en un macroconcierto en el que también se estrenaría la *Pastoral*, fragmentos de la Misa en Do M op. 86, o la Fantasía Coral op. 80, entre otras obras.

El estreno supondría un auténtico e incomprensible fracaso, aunque es necesario recalcar que tuvo lugar en condiciones adversas. La orquesta no tocó bien, sólo tuvo un ensayo antes del concierto, y en un punto, debido a un error de uno de los músicos en la Fantasía coral, Beethoven tuvo que detener la ejecución y comenzar de nuevo. El auditorio se mostró muy frío, debido, entre otras razones, a la mastodóntica longitud del programa, que terminó por agotar al público. Beethoven, como siempre, cuando lo daba, lo daba todo. Sin embargo, un año y medio después, otra ejecución generó una crítica entusiasta del escritor E.T.A. Hoffmann en el Allgemeine Musikalische Zeitung. Describió la música con estas imágenes dramáticas:

“Luces radiantes son lanzadas hacia la profunda noche de esta zona, y entonces advertimos en las sombras gigantescas que, oscilando hacia adelante y hacia atrás, se acercan hacia nosotros y destruye todo lo que hay dentro de nosotros excepto la angustia del eterno anhelo, un anhelo que en cada placer que surge en sonidos jubilosos termina por hundirse y sucumbir. Sólo a través de este dolor, que, mientras va consumiendo mas no destruyendo al amor, a la esperanza y la alegría, intenta hacer estallar nuestros pechos con un lamento total lleno de voces de todas las pasiones, y vive en nosotros y somos cautivados por los guardianes de los espíritus.”

Esta sinfonía, que podríamos denominar “Del Destino”, está estructurada en cuatro movimientos, con el célebre inicio en cuatro notas, presente además a lo largo de toda la obra, y que representa, según Schindler (hay que creerle poco, pues era bastante inexacto y malévolo por los cortes a los que sometió el legado beethoveniano, especialmente los cuadernos de conversación de los últimos años) la idea del destino llamando a la puerta, y aunque hay que creer con precaución esta idea, Beethoven posteriormente parece que la utilizaría como justificación emocional a la idea programática de la obra. La amadísimas tonalidad de Do menor, la favorita de Beethoven (como diría todo un admiradísimo maestro Leonard Bernstein, *“tonalidad grave, pesada, elegíacamente fúnebre, masculina y profunda, de color marrón terroso casi oscuro”*), rayano con los violetas oscuros tan amados por todo un alucinado y sinestésico Scriabin, más allá de la luz, más allá del tiempo bruckneriano de un pesadísimo Celibidache más allá de Ganimedes y Raticulín, ...), esta tonalidad, decimos, no es casual, y se acerca al mundo emocional tempestuoso y pasional de su última sinfonía, la Décima,

que quedaría en estado fragmentario, o a la muy célebre, juvenil y manida Sonata op. 13, *Patética*.

Los dos primeros movimientos, son característicos de los movimientos iniciales de toda sinfonía del Clasicismo. El primero, con forma sonata sin introducción, contundente y vehemente en su escritura, representa la tensión de un diálogo a modo de lucha continua del héroe contra la adversidad, dando paso a la placidez de un segundo movimiento, muy heroico en su escritura, muy napoleónico en su elegancia, que se construye en forma de tema con variaciones, mostrando en su estructura interna una gran nobleza y fortaleza en su desarrollo y discurso, mostrándonos al joven Beethoven ante la inmensa obra que habría de surgir de su pluma en los años venideros, con la fortaleza de todo un héroe sigfrídico, con la fortaleza wagneriana de quien ha cogido al destino por los cuernos y, de paso, por el cuello, como bien haría todo un doctor Avernaticus Abronsius, digno representante de la lucha antivampírica internacional (auxiliado por su imprescindible ayudante Alfred) cazando vampiros según el *Manual de supervivencia para cazar vampiros transilvanos marca Akme* editado por la Universidad de Königsberg en 1882, que muy fielmente recogería Roman Polanski en su película *El baile de los vampiros*, en la que aparecería una bellísima Sharon Tate como musa vampírica a la que chupar.

Tras este conmovedor segundo movimiento, de noble factura, cual imagen balzacquiana plasmada en las novelas románticas de un Joseph Conrad, seguirán los dos movimientos siguientes, que se interpretan sin interrupción. El tercero, en forma Scherzo, recupera de forma programática el motivo de tres notas del destino, como expectación ante lo que va a ocurrir, el glorioso y heroico cuarto tiempo que cierra la sinfonía, a modo de marcha fúnebre, que con el ritmo obsesivo de cuatro notas recrea una atmósfera fúnebre y resignada de marcha militar, que acompaña al héroe de manera teutónica hacia las delicias del mismísimo Walhala. Este movimiento perpetuo, casi procesional, concluirá de manera abierta en un clímax que servirá de preludio al imponente, contundente y beethoveniano final, la brillantez del músico militar tan denostada por sus contemporáneos, la eclosión heroica del propio Beethoven, la superación emocional de las dudas del maestro, la afirmación del artista como único polo constructivo posible de entender la actividad creativa, el triunfo personal ante la adversidad, la afirmación de la propia genialidad, es decir, la gloria *napoleónica*.

Con este impresionante final concluirá este acto en torno a Beethoven, *La rebeldía del héroe: el prerromanticismo clásico alemán. A la amada lejana*. La estancia de Beethoven en Heiligenstadt, simbolizando así la amada no ya ausente como en la primera obra de este recital, sino la amada que jamás fue, la amada que jamás habrá de ser, la amada siempre lejana. Este ejemplo magnífico del Beethoven sinfónico que representa la Quinta Sinfonía, abre la puerta a las siguientes e impresionantes creaciones sinfónicas del autor, que constituirán, junto con la Misa Solemne, los conmovedores últimos cuartetos y las últimas sonatas para piano, el legado sublime y único del viejo Beethoven, a la manera de todo un Thomas Bernhard, lleno de tomate seco, con el ombligo al aire, junto a las partituras malolientes en un sótano, y sin afeitarse, del sucio, viejo y bruto tío de Carl. El gran Beethoven.



Apéndice: Testamento de Heiligenstadt

“A mis hermanos Carl y Johann

Oh vosotros, hombres que me miráis y me juzgáis huraño, loco o misántropo, ¡Cuán injustos habéis sido conmigo! ¡Ignoráis la oculta razón de que os parezca así! Mi corazón y mi espíritu se mostraron inclinados desde la infancia al dulce sentimiento de la bondad, y a realizar grandes acciones he estado siempre dispuesto; pero pensad tan solo cuál es mi espantosa situación desde hace seis años, agravada por médicos sin juicio, engañado de año en año con la esperanza de una mejora, y al fin abandonado a la perspectiva de un mal durable, cuya curación demanda años tal vez, cuando no sea enteramente imposible. Dotado de un temperamento ardiente y activo, fácil a las distracciones de la sociedad, debí apartarme de los hombres en edad temprana, pasar mi vida solitario. Si algunas veces quise sobreponerme a todo, oh, ¡cuán duramente chocaba con la triste realidad renovada siempre de mi mal! Y sin embargo, no me era posible decir a los hombres: "¡Hablad más alto, gritad porque soy sordo!" ¿Cómo me iba a ser posible ir revelando la debilidad de un sentido que debería ser en mí más perfecto que en los demás? Un sentido que en otro tiempo he poseído con la más grande perfección, con una perfección tal que indudablemente pocas personas de mi oficio han tenido nunca. ¡Oh, esto no puedo hacerlo! Perdonadme pues si me veis vivir separado cuando debería mezclarme en vuestra compañía. Mi desdicha es doblemente dolorosa, puesto que le debo también ser mal conocido. Me está prohibido encontrar un descanso en la sociedad de los hombres, en las conversaciones delicadas, en los mutuos esparcimientos. Solo, siempre solo. No puedo aventurarme en sociedad si no es impulsado por una necesidad imperiosa; soy presa de una angustia devoradora, de miedo de estar expuesto a que se den cuenta de mi estado.

Esta es la razón por la cual acabo de pasar seis meses en el campo. Mi sabio médico me obliga a cuidar mi oído tanto como sea posible, yendo más allá de mis propias intenciones; y sin embargo, muchas veces, recobrado por mi inclinación hacia la sociedad, me he dejado arrastrar por ella; pero qué humillaciones cuando cerca de mí se encontraba alguien que escuchaba a lo lejos el sonido de una flauta y yo no oía nada, o que escuchaba el canto de un pastor sin que yo pudiera oír nada.

La experiencia de estas cosas me puso pronto al borde de la desesperación, y poco faltó para que yo mismo hubiese puesto fin a mi vida. Sólo el arte me ha detenido. ¡Ah! Me parecía imposible abandonar este mundo antes de haber realizado todo lo que me siento obligado a realizar, y así prolongaba esta miserable vida, verdaderamente miserable, un cuerpo tan irritable que el menor cambio me puede arrojar del estado mejor en el peor. ¡Paciencia! se dice siempre; y debo tomarla a ella ahora por guía; la he tomado. Durable

debe ser, lo espero, mi resolución de resistir hasta que plazca a las Parcas inexorables cortar el hilo de mi vida. Acaso será esto lo mejor, acaso no, pero yo estoy dispuesto siempre. No es muy fácil ser filósofo por obligación a los veintiocho años, no es fácil; y es más duro aún para un artista que para cualquier otro.

¡Oh, Dios! ¡Tú miras desde lo alto en el fondo de mi corazón, y lo conoces, sabes que en él moran el amor a los demás y el deseo de hacerles el bien! Vosotros, hombres, si leéis un día esto, pensad que habéis sido injustos conmigo, y que el desventurado se consuela al encontrar a otro desventurado como él que, a pesar de todos los obstáculos de la naturaleza, hizo cuanto estaba a su alcance para ser admitido en el rango de los artistas y de los hombres de elección.

Vosotros, hermanos míos, Carl y Johann, inmediatamente después de que yo haya muerto, si el profesor Schmidt vive aún, rogadle en mi nombre que describa mi enfermedad y a la historia de ella unid esta carta, a fin de que después de mi muerte, al menos en la medida que esto sea posible, la sociedad se reconcilie conmigo. Al mismo tiempo, a vosotros dos nombro herederos de mi pequeña fortuna, si se la puede llamar así, que la debéis partir lealmente, estando de acuerdo y ayudándoos el uno al otro. El mal que me habéis hecho, lo sabéis, os lo he perdonado desde hace mucho tiempo. A ti, hermano Carl, te doy gracias particularmente por la solicitud de que me has dado testimonio en los últimos tiempos. Hago votos por que tengáis una vida feliz, más exenta de cuidados que la mía. Recomendad a vuestros hijos la virtud, porque sólo ella puede dar la felicidad que no da el dinero. Hablo por experiencia. Ella me ha sostenido a mí mismo en mi miseria, y a ella debo, tanto como a mi arte, no haber puesto fin a mi vida por el suicidio ¡Adiós y amaos! Doy gracias a todos mis amigos, y en particular al príncipe Lichnowski y al profesor Schmidt. Deseo que los instrumentos del príncipe L. puedan ser conservados en la casa de alguno de vosotros, pero que esto no provoque entre vosotros ninguna discusión. Si no os pueden ser útiles para algo mejor, vendedlos inmediatamente. ¡Cuán feliz seré si todavía puedo serviros desde la tumba! Si fuera así, con qué alegría volaría hacia la muerte. Pero si ésta llega antes de que haya tenido la ocasión de desarrollar todas mis facultades artísticas, a pesar de mi duro destino, llegará demasiado temprano para mí y desearía aplazarla. Mas aún así, estoy contento. ¿No va a librarme de un estado de sufrimiento sin término? Venga cuando viniere, yo voy valerosamente hacia ella. Adiós y no me olvidéis enteramente en la muerte; merezco que penséis en mí, porque a menudo he pensado en vosotros durante mi vida para haceros felices. ¡Sedlo!

LUDWIG VAN BEETHOVEN
Heiligenstadt, 6 de octubre de 1802.

Con el patrocinio de

